

llamó á un sacerdote para que le oyera en confesión y le administrase la Santa Eucaristía. El triste enfermo, por más que deseaba recibir los venerables Sacramentos, no quería despedir de su casa á la concubina, por lo cual, entristecido el sacerdote, se despidió de su penitente sin haberle dado la absolución. De paso á su casa tuvo aquél una entrevista con San Bernardo á quien consultó el caso, y éste le dijo:—Andad acá, no se pierda ese alma.—Llegados ambos al domicilio del caballero moribundo, comenzó S. Bernardo á hacer una fervorosa plática á éste, que no dió resultado alguno. Pero al fin le habló de esta manera:—Por lo menos, señor, ¿no os pesa de que no podáis dejar á esa mujer?—Mucho me pesa de ello, respondió el caballero. Entonces el santo añadió:—Basta—y rogó al presbítero diese la absolución y el Santo Viático al penitente; mas, ¡caso prodigioso! apenas el interesado acabó de recibir la Divina Eucaristía cuando trocó decididamente su obstinada voluntad, doliéndose con llanto de su infame pecado y mandando arrojar á su sobrina. En semejante estado de contrición pasó á mejor vida el caballero, legándonos con su ejemplo el recuerdo de la poderosa virtud que posee el Viático Santísimo. *Cesarío, lib. 2, cap. 17.*



XXIX

*La Divina Eucaristía, causa de nuestra
Resurrección.*

*Et ego resuscitabo eum in novissimo die.
Y yo le resucitaré en el último día.
JOAN., VI, 55.*

1. Esta misteriosa frase pronunció el divino Salvador en ocasión que predicaba á los cafarnaitas la salvadora doctrina de la Santa Eucaristía:—Yo resucitaré en el último día á los que comieren de mi Cuerpo y bebieren de mi sangre.—¿Pero, por ventura, los que no recibieron jamás la Carne y la Sangre de Jesucristo dejarán de resucitar al fin de los tiempos? ¿Acaso éstos, ó los que participaron del Sacramento con pérfidas disposiciones quedarán para siempre confundidos entre el polvo de la tumba? ¿No expresa el símbolo apostólico, que la resurrección de todos los muertos será un hecho? Pues, ¿cómo es que Jesús, parece indicar que sólo los que comieren de su Cuerpo y bebieren de su Sangre resucitarán? Enseña el Apóstol (1) que todos los hombres en verdad resucitaremos, pero que no todos seremos mudados; esto es: que no todos cambiarán la triste muerte por una resurrección gloriosa. Los justos han de resucitar llenos de gloria á imitación de Jesucristo que surgió

(1) I Cor. XV, 51.

de la tumba bello y esplendente; pero los malos no cambiarán su estado de muerte temporal sino por otro estado mucho más triste, que bien puede llamarse muerte eterna, ya que en frase del citado Apóstol, «la corrupción no poseerá la incorruptibilidad.» Los escogidos, empero, á quienes, según S. Pablo, se les otorgarán las dotes de gloria cuando resuciten, son precisamente aquéllos que con las disposiciones debidas comieron del Cuerpo y bebieron de la Sangre del Salvador; son aquéllos á quienes prometió el Señor resucitarían en el último día si participaban de su Divino Ser. He ahí, por lo tanto, bosquejado que la Divina Eucaristía ha de ser nuestra Resurrección, y que á causa de la misma resucitarán los justos al fin de los tiempos. Mas, para fijar ideas, distribuiré la presente materia en dos partes, á saber: I. *La Santa Eucaristía es causa de la resurrección gloriosa de los justos.* II. *Esta resurrección ha sido providencialmente incoada en algunos difuntos siervos de Dios.*

§ I.

2. Si hubiere de manifestar las locuciones de los Santos Padres que sobre este bello asunto admiramos en sus inmortales obras, sería cuestión de consagrar un discurso á ellas solas; pero, no siendo esto propio del caso, me limitaré á transcribir las más importantes. S. Marcial llama á la Eucaristía: Remedio único para volver el alma al cuerpo (1). Santiago la apellida: Renovación del cuerpo y del alma (2). S. Basilio la titula: Cuerpo santo que da vida (3); y Rupertto dice, que es una Comida con cuya virtud resucitarán los cuerpos muertos (4). En semejantes frases encontramos materia vastísima para hablar de una excelencia importante del Santísimo Sacramento, pues Él, en opinión de estos Santos Padres, es causa, motivo y principio de la resurrección gloriosa de aquéllos de quienes dijo el ángel á S. Juan: Bien-

- (1) Epist.
 (2) Ibi.
 (3) In liturg.
 (4) Lib. 6 in Joan.

aventurados los muertos que en el Señor mueren (1). Pero he dicho que la Divina Eucaristía será causa de nuestra resurrección, en opinión de los padres citados; mas, ahora añado que no sólo es opinión, sino dogma de fe teológica, verdad propuesta por N. S. Jesucristo y corroborada en el Concilio Niceno, al expresar que la santa Eucaristía es símbolo de la Resurrección: *Symbolum resurrectionis.*

3. Los Padres y Doctores á una voz, ¿no debieron afirmar que la santa Eucaristía es semilla de la Resurrección (2) y energía de la Carne de Jesucristo (3), si el mismo Salvador afirmó que el que comiere su Cuerpo y bebiere su Sangre será resucitado por Él en el último día? Luego el Redentor declara tácitamente que, efecto de comulgar dignamente, serán resucitados los escogidos: luego la Comunión sacramental será la causa de la resurrección gloriosa de los justos. Alguna virtud, en efecto, debía causar la Divina Eucaristía en los cuerpos que fueron en algún tiempo dignos templos suyos; virtud que, en cierto modo, es infinita, como infinita es la virtud de Cristo comunicada á nosotros mediante este Santísimo Sacramento; y al participar, no sólo el alma, sino también el cuerpo, de esta poderosa cualidad, debieran llevarla en sí mismos más allá de la terrestre vida, á fin de hacer uso de ella en el día señalado para la resurrección; y asimismo el cuerpo deberá conservarla en medio de su horrible putrefacción para que, envuelta misteriosamente entre sus imperceptibles cenizas, pueda un día el alma, cual mágico imán, atraer al cuerpo depositado en la huesa y resucitarle á gloriosa vida, mediante la semilla vivifica que depositó en ambos el Sacramento Santísimo.

4. Jesucristo aseguró que su pan es el Pan del cielo, y que el que comiere de Él no morirá, sino que vivirá eternamente. En efecto; la muerte del justo no es realmente muerte, sino un sueño dulcísimo, ya que en él subsiste la preciosa virtud del Cuerpo de Jesucristo, que, si temporal-

- (1) Apoc., XIV, 13.
 (2) Severo Episc., apud Turriano 19.
 (3) Id., tract. 2.

mente le adormece, le conserva, no obstante, la potencia para volver á despertar en el día de las cuentas; suceso que deberá realizarse por medio de la intervención divina, y cuya forma de realización se escapa á nuestros cortos alcances. Bien pueden los incrédulos presentar todos los sofismas del cálculo humano para hacer imposible la resurrección de la carne, puesto que todos han sido refutados por los apologistas católicos; el dogma de que hablamos está en perfecta armonía con la cuerda razón, y al Omnipotente tan fácil le es restituir á cada cuerpo sus propios elementos orgánicos, ó recomponerlos con elementos extraños, que crear de la nada el cuerpo del primer hombre, ó darle vida nueva después de haber entrado en las vías de la descomposición orgánica. Comentando Menochio las citadas palabras del Salvador, se expresa de esta manera: «Quien participar del Cuerpo del Señor, morirá ciertamente con el cuerpo; no obstante, por su virtud, este cuerpo, en el fin del mundo, resucitará á una vida eterna y bienaventurada. No es que se imprima alguna particular cualidad á nuestros cuerpos, por cuya virtud han de ser resucitados, ó que los cuerpos de aquéllos que comulgaron reciban algún don que los distinga de los demás, sino que la resurrección es debida por singular modo á nuestros cuerpos por razón de la especial unión que adquirieron con la participación del Cuerpo de Jesucristo (1).»

5. El mencionado autor no atribuye al Deífico Sacramento toda la excelencia que le conceden otros doctores más célebres, como tampoco se la conceden el eximio Suárez y el maestro Nuño, al afirmar que la Divina Eucaristía no causa en los cuerpos ni vivos ni difuntos algunas cualidades gloriosas de los bienaventurados; porque en sentir del primero, estas cualidades son fingidas y, como tales, ociosas y de ningún provecho, ni en esta vida para la hermosura del cuerpo, pues no se perciben, ni en la muerte, porque á pesar de ellas, se corrompe el cuerpo; y en opi-

(1) Comm. in Joan., cap. VI.

nión del segundo, porque si estas dotes fueran verdaderas debieran resplandecer.

6. Sin embargo, la parte más sana de los teólogos afirma que, así como el Santísimo Sacramento, dignamente recibido, hace que el alma se una con Cristo, así es causa también de que el cuerpo reciba ciertas cualidades, ordenadas á los futuros dotes de gloria con los cuales nos asemejaremos á Jesucristo. Y, ¿cómo no, si aun durante la vida mortal algunos siervos de Dios experimentaron una irradiación de esos dotes gloriosos que, á manera de soles, brillan en los cuerpos de los bienaventurados? Santo Tomás, sobre las palabras del Apóstol: *Omnes quidem resurgemus sed non omnes immutabimur*, dice: Sólo los elegidos resucitarán más hermosos que el sol, en virtud de la participación sacramental ó espiritual del Cuerpo de Jesucristo (1); mas los réprobos resucitarán enfermos y deformes. Cornelio Alápi-de añade que el Santísimo Sacramento deja en el cuerpo del que dignamente le recibe una virtualidad, ó cierto semen vivífico, que en el tiempo tiene su efecto de vida, al modo que el grano de trigo, caído de su espiga y sepultado en la tierra, llega tiempo que germina y forma un tallo con el calor del sol, efecto de aquel semen de vida que dentro de sí encerraba; de donde deduce este doctor que la Sagrada Carne de Cristo en la Eucaristía es causa instrumental moral, y aun también física, de la resurrección de los cuerpos (2). Sobre estas palabras añade un célebre cronista (3) que, «así como existen algunas semillas que suelen adelantarse en reverdecer y brotar antes que otras de su misma especie, porque han caído en mejor tierra, y el sol las atiende también de un modo particular, así es este semen ó virtualidad de vida que deja el Santísimo Sacramento en los cuerpos de los justos para que al tiempo de la resurrección universal reflorezcan

(1) *Soli electi propter Corporis Christi participationem sacramentalem vel spiritualem surgent sole pulchriores; reprobi vero surgent infirmi et deformes.* Opusc. 55, cap. 23.

(2) *Caro ergo Christi in Eucharistia est instrumentum morale Resurrectionis vix et ejusdem causam phisicam.*

(3) P. González, franciscano.

y resuciten gloriosos. En algunos santos les anticipa sus efectos con ciertas señales de vida como prendas de la resurrección futura, siendo lo cual argumento inequívoco de la disposición con que se llegaban á recibir tan alto Sacramento y el influjo que obra el Pan eucarístico en sus cuerpos mirándolos como divino Sol que les hace germinar.»

7. El hijo de Amós aduce un hermosísimo texto que viene á confirmar la doctrina que sustento. Es así: «Veréis que vuestro corazón y vuestros huesos germinarán como la hierba, y entonces se conocerá la mano del Señor en sus siervos (1).» Profecía sublime de la virtud extrema del Sacramento Santísimo, pues en el día de la resurrección de los muertos, los cuerpos de los justos brotarán como las plantas, es decir, resucitarán á una vida gloriosa, conociéndose entonces aquella virtud que depositó el Sacramento Santísimo en estos cuerpos cuando fueron sagrarios suyos; profecía que debe tomarse en sentido literal, dicen los santos Ireneo, Jerónimo y Agustín, refiriéndose á la presente doctrina; profecía que, en sentir del gran Alápide (2), se verificará propiamente en la resurrección universal, porque entonces, los huesos de los santos, antes tábidos y secos y sin jugo alguno vital, revivirán florecientes, no de otra manera que la hierba mustia y seca, á rigores del invierno, revive y reverdece á los benignos fomentos de la primavera.

§. II.

8. Esta resurrección de que me ocupo ha sido incoada en algunos difuntos siervos de Dios.

Quedaría esta proposición demostrada suficientemente, al menos en parte, si me detuviera en explicar que el Altísimo se ha dignado hacer visibles, en cuerpos vivos de siervos suyos, dotes tan relevantes que más bien pertenecen á los bienaventurados. Vióse la impasibilidad en el protomártir S. Lorenzo, de quien dice el Agustino que, sufriendo los tormentos no los experimentaba más que si estuviera

(1) Cap. 66. v. 14.

(2) Com. in eodem.

entre rosas y flores; vióse la agilidad en N. P. S. Francisco de Asís, y S. Pedro de Alcántara y el beato Nicolás Factor que en el aire suspendidos quedaban; vióse, finalmente, la claridad en el obispo S. Martín, de quien afirma Severo Sulpicio que tenía á veces el rostro más claro que la luz y todo él estaba más puro que el cristal, más blanco que la leche y con una cierta gala y gloria de carne glorificada y resucitada. Si, pues, todas estas gloriosas dotes se atribuyen como á su causa á la divina Eucaristía, y Dios N. Señor quiso hacerlas patentes, aún en vida mortal de sus fieles servidores, tiempo en que todavía estaban sujetos á la ley del pecado; ¿no las hará visibles una vez que se hayan eximido de esta ley fatal, una vez que hayan pasado á la vida de ultratumba?

9. Sí, por cierto; el Santísimo Sacramento del Altar es resurrección y vida de los cadáveres que yacen dormidos entre el polvo del sepulcro. La orden Seráfica cuenta entre sus hijos á S. Pascual Bailón que, siempre que el sacerdote celebraba la venerable Misa delante de su cadáver, en el acto de alzar, abría los ojos y fijábalos en la santa Hostia; al beato Mateo de Agrigento que, pocos días después de difunto, estando de cuerpo presente en la iglesia, y en ocasión de ser alzada la Hostia consagrada, se incorporó sobre el ataúd y adoró la Eucaristía; á S. Diego de Alcalá que, al celebrarse el Sacrificio en su capilla, seguía la actitud de la santa Hostia y la adoraba, como si realmente estuviera animado. Y ¿qué es esto, pregunto, cuál es la causa de semejantes prodigios? ¡Ah! Estos benditos cuerpos se mueven, se levantan, resucitan temporalmente, si así es permitido decirlo, cuando la Hostia inmaculada es alzada sobre los altares. Es que Jesucristo Sacramentado posee la virtud atractiva; porque, así como en el Gólgota y desde la Cruz en que fijado estaba, Jesucristo, al ser alzado sobre ella, arrebató á sí todas las cosas y todos los hombres, de la misma manera, al ser alzado sobre la Cruz mística del Gólgota eucarístico, atrae también los hombres y las cosas hacia sí. No es extraño, pues, que los cuerpos de los san-

tos citados se conmovieran é incorporaran sobre sus cenizas para adorar al Dios del Sagrario, ya que el Dios del Sagrario les comunicaba con anticipación parte de la virtud que han de tener los cuerpos el día último. Aquel sublime espectáculo era un verdadero ensayo de la resurrección de la carne.

Se observa muchas veces, aun en nuestros días, dice el sabio Bocio (1), que las reliquias de los cuerpos de los bienaventurados, depositadas en sus sepulcros, prorrumpen en unos prodigiosos efectos á modo de operaciones vitales á fin de garantizar la resurrección futura. ¿Qué son los saltos que da el corazón del Agustino cuando en su presencia es cantado el Trisagio, sino principios de la resurrección gloriosa? Qué indica la sangre congelada de S. Esteban, que en determinados tiempos del año hierve por sí sola? qué la de S. Bernardino de Sena que corrió fresca por el espacio de tres días? qué manifiestan las fragantes rosas que brotaron del cuerpo de la mártir Sta. Dorotea, sino incoación de la resurrección de los muertos? ¡Ah! Ciertamente, todos estos prodigios se atribuyen con propiedad al Sacramento del Altar por aquella semilla de resurrección que depositó en los cuerpos de los justos cuando le recibieron.

10. Ahora bien: si tales muestras de gloriosas dotes se han visto en algunos siervos de Dios, ya difuntos, precisamente porque participaron en vida de la Carne y de la Sangre de Jesucristo; si estas divinas muestras presentó la Eucaristía en dichos cuerpos, ¿no las presentará también el día de la resurrección de la carne? Aquéllas eran incoación y ensayo de la resurrección final; éstas serán terminación y la misma obra de la resurrección en efecto. ¡Cuán magnífica es, pues, la influencia del Sacramento Santísimo! Cuán encantadoras sus bellezas! Cuán felices sus consecuencias! Si Jesucristo nos ha de resucitar á su imitación, con tal que le recibamos sacramentado, ¿por qué no nos persuadimos hondamente de esta suprema verdad y procuramos unirnos es-

(1) De signis Ecclesiæ, tom. II, lib. I, cap. 10.

trechamente con Cristo S. N., mediante la Comunión, á fin de que tengamos en nuestro pobre ser ese principio de resurrección gloriosa? Por qué no comulgamos á menudo con objeto de resucitar en el día postrero juntamente con los hijos de Dios? No nos descuidemos; esmerémonos por comulgar con fruto y no se nos olvide que el Señor ha prometido que el que coma su Cuerpo y beba su Sangre será resucitado por Él al fin de los tiempos.

EJEMPLOS

Puesto que, según he explicado en el precedente discurso, las manifestaciones vitales y gloriosas en algunos difuntos siervos de Dios se atribuyen como causa principal á la santa Eucaristía: de N. P. S. Francisco de Asís se refiere que al morir se transformó todo su cuerpo; los defectos y hasta las arrugas de la vejez desaparecieron, y la juventud se mostró en su semblante, pues sus ojos brillaban de un modo natural.

Los ojos de S. Luis, obispo de Tolosa, que nunca miraron la impureza, quedaron incorruptos y brillantes en el sepulcro.

La mano de S. Esteban, rey de Hungría, que distribuyó copiosas limosnas á los pobres, se conservó siempre fresca entera y olorosa.

La lengua de S. Antonio de Padua, que con tantas alabanzas bendijo al Eterno, se mantuvo como viva y hermosa entre las mismas cenizas.

La cabeza de Sta. Catalina de Sena, que rodeada fué de una corona de punzantes espinas, después de su muerte se vió resplandecer con tantos rayos cuantas heridas había padecido. *Verdades Eternas.*